

ciales. Deberá existir siempre un *stock* nacional de billetes, no cubiertos así, y que corresponderán a la necesidad de un cierto fondo movable necesario al comercio a razón de tanto por habitante. En cuanto al stock de oro del Banco del Imperio, se reservará por completo para regularizar los cambios.

En esos proyectos, los economistas alemanes se complacen en aguzar un arma contra Inglaterra y los Estados Unidos. Al adoptar el talón de oro, según Liefmann, los demás países han favorecido la producción de metal amarillo, monopolizado casi por los países anglosajones; si Alemania, pues, suprime el oro y llega a afiliarse a este sistema a la mayoría de las otras potencias, economizaría billones y golpearía duramente a Inglaterra. Dalberg, también partidario de la moneda racional, cree que toda la preeminencia financiera de Inglaterra antes de la guerra reposaba sobre el oro; y ésta derribaríase, pues, si se llegase a suprimir la "locura universal del talón de oro". Beudixen participa de las mismas esperanzas y evoca satisfecho la visión de la Gran Bretaña sentada en un montón de oro depreciado.

El *stock* de oro de Alemania es relativamente mediocre; sus cambios profundamen-